

tros, y si me dais vuestra licencia, mañana mismo os brindaremos el espectáculo de una solemnidad militar.

—Sí, sí, exclamó Moctezuma.

Y todos los circunstantes repitieron sus palabras.

—En ese caso, voy á prepararlo todo, y mañana, en el mismo sitio en donde el pueblo mexicano ha admirado á sus príncipes, tendrá ocasion de asistir á un espectáculo que de seguro le agradará.

Así quedó convenido.

Los circunstantes se retiraron.

Cuando estuvieron solos en su aposento Guacalcinla y Guatimotzin:

—¡Oh, qué alegría! exclamó la jóven. Mañana asistiremos á esa gran fiesta.

—Tú no, dijo Guatimotzin con seriedad.

—¿Por qué me hablas do ese modo?

—No lo sé; pero te digo que no asistirás á esa fiesta.

—Si mi padre lo ordena....

—Ordenará mi muerte al mismo tiempo.

—Basta, dijo Guacalcinla con acento de profundo dolor; ya sé que nuestra dicha está herida de muerte.

CAPITULO XXXV.

Donde los españoles hacen de las suyas.



A noticia de la fiesta con que pensaban obsequiar los extranjeros á los mexicanos, circuló con extraordinaria rapidez, y al dia siguiente muy temprano estaban ocupadas por una inmensa multitud las gradas que se habian levantado en la plaza de Tlateluco.

Los que no habian podido obtener puesto, llenaban las ventanas y las azoteas de las casas.

Todos aguardaban con ánsia la llegada de los extranjeros, no dudando que aquellos hombres sobrenaturales ejecutarían maniobras sorprendentes, que les confirmarían en la opinion ventajosa que ya habían formado de ellos.

Hernan Cortés lo habia preparado todo para que sus soldados aumentasen el prestigio que tenían á los ojos de los mexicanos.

Hizo á todos que limpiasen con esmero sus armas.

Mandó llevar la artillería á la plaza, adornó las crines de los caballos con cintas vistosas, hizo que sus capitanes se engalanasen, y él á su vez se adornó con el precioso collar que en la primera entrevista le habia regalado Moctezuma.

Crando la comitiva del emperador se puso en marcha, cuando fueron conducidos en vistosos palanquines á los pálios preparados al efecto, el emperador, su esposa, la princesa Temixpa y los tres príncipes Quetlahuaca, Guatimotzin y Cacumatzin, Hernan Cortés, seguido de sus capitanes, montados todos en brio-

esos caballos, iba al frente de los soldados, formados de tal manera que ocupaban sus filas todo el ancho de las espaciosas calles que recorrían.

La llegada del emperador con su familia produjo un gran murmullo en la multitud.

Todos preguntaban por Guacalcinla, y no encontrándola, fijaban escrutadoras miradas en Guatimotzin.

Los que habían observado el día anterior las apasionadas miradas de la joven al caudillo de los españoles:

—Guatimotzin está celoso, se decían; por eso no ha traído á su esposa.

La murmuración no duró mucho.

La música de los españoles llenó el espacio, y todas las miradas se dirigieron hácia aquellos hombres, que con tanta maestría dominaban las fieras.

A galope tendido llegaron hasta el pábulo del emperador, y al estar allí, obligaron á los caballos á que se hincasen de rodillas, en tanto que ellos saludaban al monarca y á su familia.

Después fué cada cual á ocupar su puesto.

La vanidad hizo que los jinetes desplegasen toda su maestría, obligando á dar saltos á los caballos, á caracolear, obligándoles á volverse de un lado á otro, lanzándoles á la carrera y deteniéndolos en el acto. ¡Con qué curiosidad, con qué interés, con qué asombro, observaban los mexicanos aquellas maniobras sobrenaturales para ellos.

Pocos eran los españoles que no habían acudido á la fiesta.

Estos pocos se habían quedado guardando el paso.

Hernán Cortés, que cada vez amaba más á Marina, la suplicó que fuera con él y que ocupara un puesto en el pábulo donde se hallaba la familia real.

Marina, que estaba profundamente entristecida:

—No, no quiero ir, le dijo; aguardaré.

Había concebido un plan, y estaba resuelta á llevarlo á cabo.

Los soldados formaron un semicírculo en la plaza, dentro del cual se colocaron los capitanes, y en medio de ellos Moctezuma, que debía pasar revista á las tropas.

Adonde quiera que iban los jefes de los españoles se dirigían las miradas del público, y en más de una ocasión no pudieron contener los mexicanos gritos de terror al ver á los caballos tomar carrera, ó al presenciar las corbetas y saltos de carnero que hacían los briosos animales.

Hernán Cortés, que no quería despreciar una sola ocasión de ostentar á los ojos de los mexicanos su poderío, lo había dispuesto todo para obtener un gran triunfo moral.

Pasó revista á los soldados, y después, dividiéndolos en dos secciones, dispuso un simulacro.

Debían pues, figurar una batalla.

Hicieron varios ejercicios, con los cuales admiraron á los guerreros del imperio por la presteza con que ejecutaban las evoluciones.

Los rayos de un sol abrasador, reflejándose en las armas, en los petos y en los cascos de los españoles, contribuían á aumentar el esplendor de la fiesta.

Hernán Cortés organizó después un juego de sortijas.

Los mexicanos, y con el mismo interés y curiosidad que ellos el emperador y su familia, observaban atentamente la destreza de los capitanes españoles, y más que nada el predominio que ejercían sobre los caballos.

Una hora duraron todos estos juegos, y al cabo de ella se acercó Hernán Cortés á Moctezuma y le dijo:

—Ahora voy á haceros que veais cómo luchamos los españoles.

Los artilleros se acercaron á los cañones.

Los soldados prepararon sus arcabuces.

Hernán Cortés partió á galope al centro de la plaza, llamó á

sus capitanes, que no tardaron en reunirse á él, y gritó con voz estentórea:

—¡Fuego!

Instantáneamente dispararon los soldados sus arcabuces, e hicieron una salva general los cañones.

Imposible es pintar el efecto que las detonaciones produjeron en los circunstantes.

La llama y el ruido obligaron á correr despavoridos á los que estaban en las azoteas.

Pusieron en fuga á los que ocupaban las gradas; y las mujeres, y no solo las mujeres, sino hasta los hombres, se arrojaron al suelo como si hubieran sido heridos por un rayo.

La emperatriz y su hija se desmayaron.

En un instante quedó despejada la plaza.

Solo los más cobardes, que no se atrevían á moverse, llenaban el suelo, mientras los españoles, ébrios de gozo por aquel triunfo, volvían á formarse, y los capitanes con su caudillo se acercaban al emperador á saludarle con su risa de triunfo.

El mismo Moctezuma tembló al oír los disparos.

Su rostro se puso blanco como la cera.

Guatimotzin y el príncipe de Iztacpalapa retrocedieron involuntariamente.

Cacumatzin, poseído de una ira terrible, miraba alternativamente con espanto y rencor á los españoles y á los mexicanos, que tan indigna muestra acababan de dar de su cobardía.

Disuelta la reunion de aquel modo, Moctezuma dispuso que su esposa y su hija fueran inmediatamente conducidas á palacio, para que las prodigasen los auxilios que necesitasen.

Avergonzado, no solo de su pueblo, sino de sí mismo, cuando se acercó Hernan Cortés, para ocultar su emocion le saludó con una amarga sonrisa.

—Siento en extremo, dijo Hernan Cortés, haber dado ocasion á tantas desventuras.

—No lo creais, contestó Moctezuma; los mexicanos se acostumbrarán á estas fiestas.

Hernan Cortés y sus capitanes acompañaron las literas en donde fueron conducidas Miazochil y Temixpa, y al dejar á toda la familia imperial en palacio, regresaron á la plaza para ponerse al frente del ejército y volver á su morada.

Moctezuma dispuso que se llamase á los médicos para que auxiliasen á su esposa y á su hija, y ordenó á los juglares que fueran á distraerlas con sus juegos y chanzas, para borrar la dolorosa impresion que habian recibido.

Despues, como el hombre que ha soportado mucho tiempo un peso superior á sus fuerzas, y que al fin y al cabo se rinde, corrió á su habitacion y se dejó caer sobre una banqueta, apoyando con desesperacion la cabeza en sus manos.

Los tres príncipes sus sobrinos, que le vieron alejarse de aquel modo, temiendo alguna nueva desgracia, no vacilaron en cometer la indiscrecion de ir hasta su aposento.

No atreviéndose á turbar su dolorosa meditacion, permanecieron silenciosos á su lado, abismándose tambien en los tristes pensamientos que despertaban en su alma los sucesos que acababan de presenciar.

CAPITULO XXXVI.

Donde Moctezuma oye de nuevo á sus consejeros



Asó algun tiempo, y Moctezuma dirigió en torno suyo una mirada vaga.

Al reconocer á los príncipes:

—¿Quién os ha dado licencia para sorprender mi desaliento? exclamó.

—Tu sangre corre en nuestras venas, dijo Cacumatzin: vemos que sufres, y nuestro deber es estar á tu lado.

—¿Y habeis pensado que el temor se ha apoderado de mi alma?

—Si tal creyéramos, añadió el príncipe de Tezcúco, yo por mi parte la habria abandonado para siempre.

—No es el temor; es la ira lo que me domina, repuso Moctezuma. ¡Ah! ¿Habeis visto á mi pueblo correr despavorido, amedrentado; hundir la frente en el polvo, no ante la furia, sino ante la alegría de los extranjeros?

¿Qué sangre es la que corre por las venas de los mexicanos?

¿No estaban en la plaza muchos de los guerreros que en cien combates han demostrado su energía, su valor, su heroísmo?

¿No han huido como el mísero colibrí al rumor de los pasos?

Por fuerza Tlacatecolt (1) se ha apoderado de su alma; por fuerza el gran Tezcalepuzca (2) ha abandonado á nuestra patria.

¿Qué hacer con esos miserables?

—Castigarlos, exclamó Cacumatzin; castigar su vergonzosa soberbia.

1 El dios del mar.

2 El dios creador, alma del mundo y señor del cielo.

—¿Y acaso el castigo da valor á los que no lo tienen? dijo Guatimotzin, saliendo, en presencia de los males de la patria, de la meditacion en que su pena le tenia sumido. ¿Acaso fortalecerá el gran Moctezuma á sus vasallos, inmolándolos en aras de los dioses, ó haciéndolos sufrir grandes castigos?

De esa manera debilitaria más y más sus fuerzas, y si los extranjeros son enemigos nuestros, en vez de combatirlos observando esa conducta, les daria las fuerzas de que él se privase.

—Tu observacion es sumamente juiciosa, y esas mismas ideas son las que yo tengo, exclamó el emperador.

Pero ¿cómo borrar la impresion que habrán recibido los extranjeros al ver huir despavoridos á los mexicanos?

Si sus intenciones, que no lo creo, son hostiles, se envalentarán hasta el punto de creer que depende de su sola voluntad nuestra sumision.

Si son sinceramente amigos, creerán á mi pueblo indigno de la amistad con que le brindan.

—Moctezuma, repuso Cacumatzin, hay momentos en la vida en los que es necesario olvidar el respeto que se debe á la majestad, para hacerle oír el lenguaje de la razon y de la verdad.

Desde el primer momento has oído á mi voz aconsejarte que no permitieses entrar en México á los españoles.

Desde el primer momento concebiste tú la idea de rechazar á toda costa su presencia, y á medida que has debilitado tu voluntad, y consentido que los españoles avansasen hácia la ciudad, has visto tornarse contra tí todos los males y desencadenarse sobre México grandes calamidades.

No, Moctezuma; tú, sublime heredero de la raza de los aztecas, no has evitado ántes que los españoles imprimiesen su planta en tu territorio.

Has sido débil, has simpatizado con ellos, has creído en su amistad.

Mis consejos, mis observaciones, los temores de tu pueblo, no han bastado para disuadirte de tu empeño, y empiezas á recoger el fruto de tu conducta.

No hay duda, yo estoy seguro de ello: los españoles han venido á llevar á cabo nuestra ruina.

Y aun suponiendo que así fuera, exclamó Moctezuma desesperado; y aun suponiendo que hubieran mentido, que fueran falaces sus palabras, mentidas sus promesas, que bajo la capa del afecto encerrasen ideas de venganza, en esta situación en que me encuentro, ¿qué crees que puedo hacer?

—Arrojarlos inmediatamente de tu imperio.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¡Imposible! exclamó Cacumatzin. ¿Y eres tú, Moctezuma II, el gran emperador que has sometido durante los breves años de tu reinado á numerosas provincias, que has combatido con las tribus más feroces del imperio?

¿Eres tú el que ha considerado como á esclavos á todos los vasallos, el que no ha encontrado obstáculo ni valladar á su voluntad, el que se atreve á pronunciar la palabra imposible?

—Te desconozco, príncipe de Tezcuco, repuso el soberano con ira.

Si no comprendiera los generosos sentimientos que te inspiran esas palabras, si yo mismo no me desconociera en este instante, ántes que pronunciar las palabras que acaban de llegar á mi oído, hubiera derramado la sangre mía que corre por tus venas.

Tu esclavo soy, dijo Cacumatzin, dominando la rabia que sentía, tu siervo; hiere mi pecho; pero aun en el mismo momento en que espere, te acusaría por débil, y te pediría en nombre de la patria, cuya ruina vas á labrar, que desplegaras la energía que en otro tiempo te ha granjeado la obediencia, el prestigio de todos los mexicanos; te pediría, repito, que arrojaras fuera de

tí esa fascinación que ejercen los extranjeros sobre tu alma, y fueses digno de tu pasado.

—Basta de recriminaciones.

Yo conozco el buen deseo que te anima.

Yo te perdono, aunque no me perdono á mí mismo.

Pero no hablemos de los sucesos consumados.

No se trata ya de impedir que lleguen los españoles á México: han llegado, están dentro de los muros de nuestra ciudad, son nuestros huéspedes, nuestros amigos. ¿Qué debemos hacer?

—Ya te lo he dicho, insistió Cacumatzin: buscar un medio de despertar su enojo, hacer todo lo posible por irritarlos, por preparar la lucha.

Yo me pondré al frente de tus ejércitos, yo capitanearé á tus soldados, y una lluvia de flechas caerá sobre esos hombres fermentados, lluvia que les anonadará.

Sus cabezas será el mejor trofeo que podremos colocar á las puertas del templo de nuestro dios Huitzilopoztli.

—No, no, dijo el príncipe de Iztacpalapa. No despiertes la furia de esos hombres.

La templanza, la bondad, harán más.

Yo veo en todo lo que sucede el olvido en que nos tienen nuestros dioses, efecto tal vez del olvido en que les tenemos nosotros.

Ordena nuevos sacrificios, Moctezuma; consulta al gran sacerdote para que nos revele la voluntad de Tezcalepuzca.

—Tienes razón, Quetlahuaca.

Tu consejo se aviene más al estado de mi espíritu.

No quiero ser yo quien provoque una desastrosa guerra.

Sería cruel tender un lazo al jefe de los extranjeros, que hasta ahora, si han demostrado que son superiores á nosotros, no por eso han dejado de ser leales á nuestra amistad.

Y despidiendo á sus sobrinos, envió un emisario al gran sacerdote de México para que fuese á su palacio.

Cacumatzin se fué ofendido, y más indignado de lo que estaba al llegar à presencia de Moctezuma.

El príncipe de Iztacpalapa estaba poseido de un inmenso terror.

Guatimotzin, cayendo de nuevo en su tristeza, se dirigió al aposento de Guacalcinla.

Al llegar exhaló un grito la jóven.

Lanzándose de la hamaca en donde reposaba, corrió á refugiarse en los brazos de su amante esposo.

—¡No me mates! exclamó. ¡No me mates!

—Cuando me lo suplicas, es que lo mereces, exclamó el príncipe de Tacuba.

¿Qué había sucedido á Guacalcinla durante aquel azaroso día? Van á saberlo nuestros lectores:

CAPITULO XXXVII.

Un ardid de Marina.



PENAS salió la comitiva imperial de palacio, entró cautelosamente en la habitacion donde se hallaba Guacalcinla con las mujeres de su servidumbre una jóven, que al hallarse en presencia de la esposa de Guatimotzin:

—Sé que has querido quedarte en palacio, le dijo, y he venido á hacerte compañía.

—¿Quién eres? exclamó Guacalcinla.

—¿No me reconoces?

—No es la primera vez que veo tu rostro, y sin embargo, no recuerdo tu nombre.

—¿No me has visto en compañía de los españoles?

—¡Ah! Sí; tú eres la india que les sirve de intérprete.

—Soy su esclava por desgracia.

—Cuentan que eres leal á Hernan Cortés.

—Como el siervo á su amo.

—Has hecho bien en venir á hacerme compañía.

—Adivino tus deseos.

—¿Cómo es posible?

—Porque leo en tus ojos los sentimientos que te animan.

—Te doy permiso para que me aclares ese misterio.

—Tú quieres hacerme varias preguntas acerca de los extranjeros.

—Es verdad.